

Recordar, compartir, aprender

Salamanca

Ángela Plaza, 78 años

Águeda Lucas Martínez, 23 años

HOY VUELVO A COSER PARA TI

Ésta es la historia de Ángela Plaza, una mujer que tuvo que renunciar a ser niña y ahora ha encontrado la ocasión de dirigirse a aquel su “pequeño yo” con una niñez diferente y difícil, llena de trabajo y de sacrificio. Una vida marcada por la soledad, pero también por la superación y el esfuerzo.

Llevaba tiempo queriendo contarte esto, relatarte la historia de mi vida, acercarte a mí un poco más de lo que siempre has estado. Quería hacerlo, pero encontraba alguna excusa para dejar las letras de lado. Hoy no. Hoy te lo diré.

Yo no fui una niña: ni salía ni vivía. No conocía el amor. Mi madre murió cuando yo era muy pequeña, tanto como tú y mi padre me llevó con su madre a otra ciudad y se olvidó de mí. A pesar de tratarse de mi abuela, nunca mostró el menor cariño o aprecio por mí; era mala como un veneno, pero con un carácter refinado y lo único positivo que aprendí de ella y que debo agradecerle fue a coser y buenos modales. Lo que más me molestaba de ella era que me decía constantemente y en tono despectivo “eres igual que tu madre” y aquello me penetraba el alma. Siempre he añorado a mi madre y como no tuve hermanos, me he sentido muy sola. Esa tristeza no se te va nunca, como un enigma sin resolver, grabado en mí hasta el final. Y creo que eso hace que vayas almacenando maldad.

Mi abuela me dejaba ir al colegio un día sí y doce no, así que no conseguí hacer amigos; me costaba mucho y sentía una profunda envidia de aquellos que jugaban y sólo se preocupaban de jugar. Con ocho años trabajé por obligación como vendedora de churros y como vendedora de barquillos a los diez. A esa edad también comencé a servir en casa de la barquillera. El trabajo era duro, pero pesaba más no conocer el amor que horas y horas de labor. Seguía sin tener amigos; las niñas de mi edad que yo conocía no trabajaban y cuando terminaba mi jornada tenía que volver a casa si no quería encontrarme gritos y castigos como recibimiento.

Con catorce años me puse a coser en una sastrería y mi vida cambió completamente: empecé a ser más yo, empecé a conocerme y a sentir que mis obras tenían valor, que mi trabajo merecía un reconocimiento. Me sentí tan llena de fuerza –algo que desconocía– que por las noches me escapaba de mi casa para recibir clases de perfeccionamiento de costura. Así, fui mejorando y, sin darme cuenta, comencé a subir de categoría hasta llegar a conseguir la especialidad de etiqueta.

Un día, una de mis tías llegó a la ciudad y se quedó a vivir con mi abuela. Aquello no hizo sino empeorar la situación, tanto fue así que quiso echarme de casa porque decía que yo no tenía derecho a estar allí. Una noche, al llegar a la puerta, me di cuenta de cuánta crueldad se puede lanzar hacia los tuyos: habían cambiado la cerradura para que no pudiera pasar y sin pensármelo dos veces, me fui a denunciarlas a la policía. Tuve un careo con ellas y finalmente el juez me dio en propiedad la casa en la que continué viviendo, -sola desde entonces- y desde aquel día me sentí libre y no volví a saber mucho de mi abuela hasta su muerte.

Encontré otro trabajo en una sastrería y allí conocí a un oficial que poco tiempo después sería mi marido. Me casé muy enamorada y, aunque tuve cuatro hijos con él, seguí trabajando porque disfrutaba cosiendo. Tenía que mantener una casa y cuatro niños y mi jornada en la sastrería; tenía tanto trabajo que no sé si he llegado a disfrutar de la vida. A pesar de sentirme bien, feliz, no me di cuenta de que yo también existía poco antes de morir mi marido. Tuve que renunciar a algunos ascensos para que él no se sintiera inferior y aunque lo hacía porque lo amaba, siempre me ha quedado una espina guardada y clavada en mi interior.

Recordar, compartir, aprender

Cuando me quedé viuda, mi vida se hizo añicos, el mundo se me vino encima y me pesaba el alma. Con el tiempo, en parte, empecé a pensar que la soledad era el precio de la libertad y mi día a día, poco a poco, se hizo muy sencillo, quizá demasiado vacío de todo o lleno de demasiado sin importancia.

Ahora veo a mis nietos, a mis hijos... Hago memoria y añoro sentimientos que jamás podré recuperar ni tener ni hacer míos. No me arrepiento de nada, bueno, quizá podría haber hecho algunas cosas de otra forma, pero creo que con el tiempo he sabido jugar las cartas que me habían tocado. Profeso un amor agradecido a la costura puesto que fueron los hilos los que me permitieron tejer las alas de mi libertad, de mi vuelo.

Te escribía esta carta a ti, a aquel yo lejano de la niñez que nunca tuve, para recordarte que siempre, en algún lugar de mí, te he mantenido viva, aunque no nos dejaran jugar cuando fuimos pequeñas, aunque nos enseñaron a no soñar y a ser mayores antes de tiempo. Has permanecido en mí, conmigo, y ahora que estoy en el atardecer de mi vida, sólo quería que lo supieras, que gracias a ti he tenido fuerzas para seguir, que me hubiera encantado dártelo todo, pero que a veces las cosas vienen como vienen y uno tiene que aprender a llevar la vida de otra forma, -no tan mágica-, como la que uno sueña para sí mismo.

Mi "pequeña yo", siento no haberte mimado como te merecías, siento no haberte dado más años ni más sueños. Ahora, a mis muchos años, vuelvo contigo, vuelvo a tenerte presente, vuelvo a coser para ti.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

En la vida, merece la pena vivir lo que sea, con los tuyos. Luchar por lo que uno quiere, aunque parezca imposible. El esfuerzo es vital y uno de los mejores compañeros de viaje, junto con la ilusión y la esperanza. Y siempre, siempre, hay que seguir, avanzar, aunque cueste, duela o pensemos que no merece la pena. La vida te da muchos disgustos, muchos palos y en algunas ocasiones piensas en abandonar, pero al final siempre hay algo que te levanta, que te hace continuar.

Hay que aprovechar cada segundo porque cada instante cuenta, para bien y para mal, pero hay que tener el valor de vivirlo y apreciarlo. Amar lo que se hace, lo que se vive, en lo que se trabaja. Amar porque lo que no amamos lo terminamos apartando de nuestro lado y lo olvidamos.

Y tener la conciencia tranquila; saber que todo lo que has hecho lo has hecho porque estabas convencido de hacerlo, porque creías que era lo que realmente querías y debías hacer. Creer en uno mismo y en sus obras, en su capacidad de llegar a ser su mejor versión. Ser consciente de todo lo bueno que podemos llegar a hacer, de todo lo que está en nuestras manos.

Pero sobre todo, vivir. De principio hasta el final.